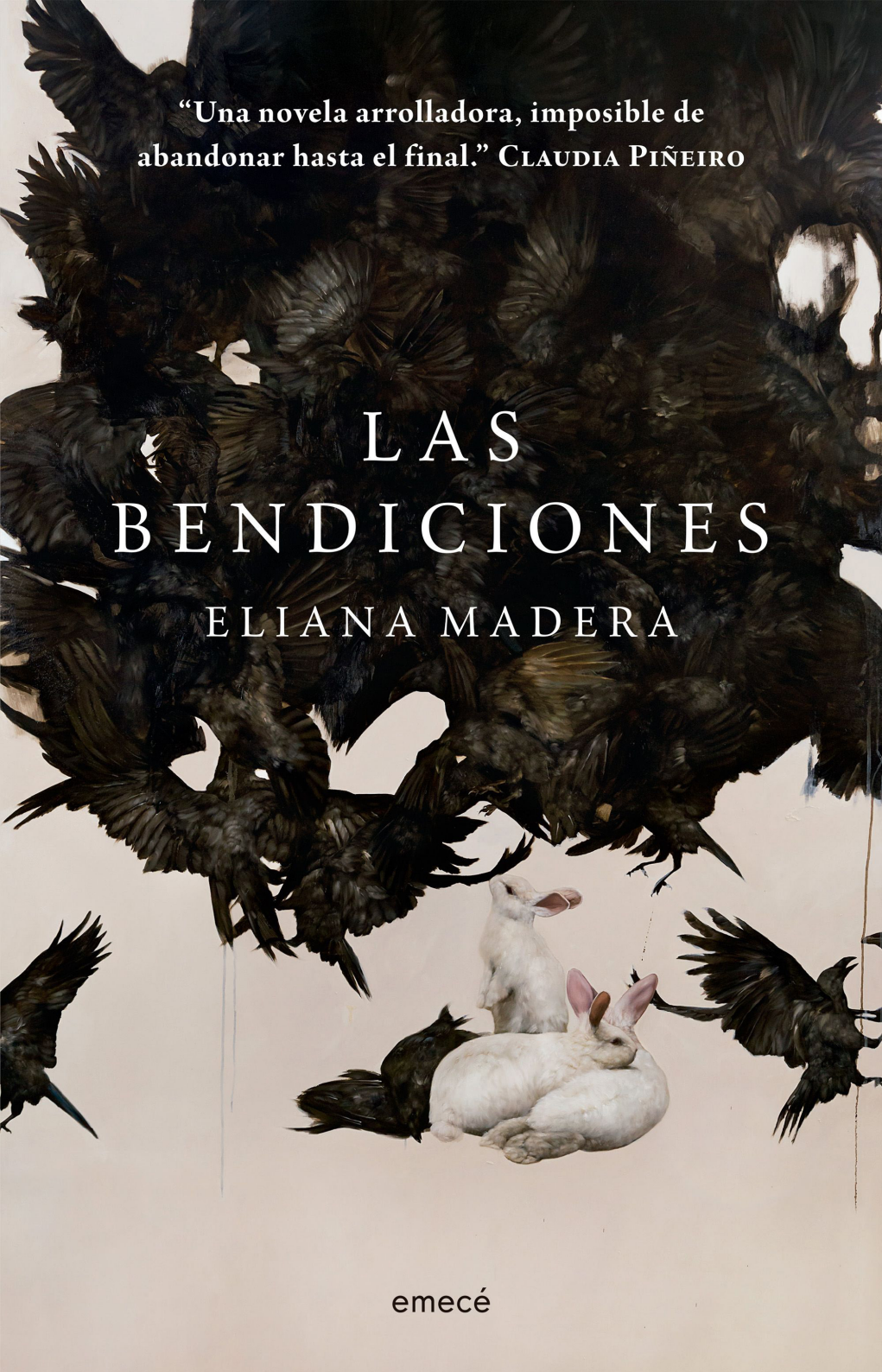


The background of the book cover is a detailed illustration. It features a large, dense flock of dark, possibly black or very dark brown, birds, likely ravens or crows, filling the upper two-thirds of the frame. They are shown in various poses of flight, with wings spread, creating a sense of a swirling, oppressive mass. In the lower third of the cover, there are two white rabbits. One rabbit is lying down, facing right, while the other is sitting up behind it, facing left. The rabbits are starkly white, contrasting sharply with the dark birds above them. The overall composition suggests a theme of survival or the unexpected amidst a dark, overwhelming environment.

“Una novela arrolladora, imposible de abandonar hasta el final.” CLAUDIA PIÑEIRO

LAS BENDICIONES

ELIANA MADERA

emecé

Eliana Madera

Las bendiciones

emecé

La locura es una cápsula sellada que llevamos dentro hasta que algo la detona. Un río que avanza sin dique que lo contenga, corre por la sangre y llega a cada parte del cuerpo. Inunda y desborda. El puerperio es el gatillo.

Estoy detonada.

Todo empezó en este lugar. Antes, yo era feliz.

Con la noticia del embarazo llega la necesidad de cambiar de casa. Entre las náuseas de la mañana y los vómitos del mediodía, marco los anuncios de los departamentos que veremos por la tarde cuando salgas de trabajar. El de Diana me parece perfecto. Te llamo al trabajo, te pido que salgas antes, encontré un lugar que vale la pena. La mujer de la inmobiliaria nos dice que Diana, la dueña, está ansiosa por vender, que va a aceptar una oferta por debajo del precio publicado, aunque no dice por qué. Nosotros tenemos bastante menos de lo que pide, pero el embarazo nos pone optimistas. Como todo amor que comienza, te llena de energías antes de subyugarte por completo.

El día de la reserva conocemos a Diana. En esa primera cita no me parece que tenga ganas de vender, ni de nada. Flaca y taciturna, con anteojos de sol, aun cuando estamos dentro de la inmobiliaria, se limita a mirar el celular cada vez que se enciende la pantalla. El hijo te escucha con atención, mientras intentás cerrar un trato que no termina de convencerla. Por la edad de él, unos veinte años, calculo que ella debe

tener alrededor de cincuenta y tantos, aunque también podrían ser unos cuarenta mal llevados. Tiene puesto un pañuelo en la cabeza con el que pretende ocultar las raíces desteñidas. Lo que veo de su pelo es un campo de batalla, entre canas no tan nuevas y un rojo chillón, algo anaranjado, pasado de moda. Las arrugas de la cara delatan exceso de sol, algo muy de los noventa, cuando todavía no se hablaba del cáncer de piel. Y cansancio, mucho.

Diana está nerviosa. Dice que dejó de fumar y que por eso le tiemblan las manos. No es cierto, reconozco los efectos de la medicación cuando los veo: el nerviosismo, la somnolencia, la falta de concentración. Podría ser Xanax, Prozac o cualquier otra de las pastillas que papá amontonaba en los cajones prohibidos de su consultorio. Lo único que Diana dice es que no sabe si vender el departamento. Necesita la plata, pero le resulta difícil desprenderse de él: ahí crio a sus hijos y, ante todo, quiere dejarlo en buenas manos. Entonces se te ocurre: contás que estoy embarazada. La cara de Diana apenas si cambia de expresión. No te desanimás, siempre fuiste bueno para leer a los demás. “Mellizos”, decís, “dos varones, como los tuyos”. Es lo único que sabemos de Diana, por los tres minutos de conversación antes de entrar a la inmobiliaria. En esa charla, solo mencionó a “los mellizos”. No nos enteramos del otro hijo, al menos no hasta que es demasiado tarde. El trato se cierra. Diana sonrío con sinceridad, los dientes

de arriba amarillentos por el cigarrillo y con manchas de labial. Lo logramos.

Después llegarán los largos días de juntar papeles y concretar la compra. Yo me enojo por la mentira: todavía ni el sexo sabemos, ni siquiera se lo contamos a la familia ni a los amigos allá, en el pueblo. Hay cosas con las que no se juega, como decir que tu abuela se murió para no ir a trabajar. Camino a casa, en el auto, te reís; “No creo que el bebé se multiplique”. Para mí todavía no es un bebé, apenas un saco y un embrión. Si quisiera, aún estoy a tiempo de abortar.

No nos preocupan los gatos negros, los martes 13, la sal derramada, ni pasar por debajo de escaleras. No creemos en las señales, no miramos el vuelo de los pájaros para tomar una decisión. Por eso, cuando, durante la mudanza, el espejo de tu abuela se rompe, seguimos como si nada. Lo guardo porque pienso cambiarle el vidrio ni bien pueda, lo cuelgo para que no siga dando vueltas por el departamento. Hasta entonces, con Lucio, cada día antes de salir, veremos nuestro reflejo a la mitad: media madre con medio hijo en brazos, media mujer y medio cochecito.

Como en la semana no podemos mudarnos —vos por trabajo; yo, en verdad, me siento todos los días igual de mal—, convencemos al encargado de hacerlo un domingo. “Está prohibido por ordenanza”, puntualiza Carlos después de presentarse, y enseguida lo solucionás: un billete que pasa de tu mano a su bolsillo. Carlos es así: te ayuda en lo que puede y acepta lo que le das. Te pregunto si tenés otro billete para la policía. “De eso se ocupan los de la mudanza”, me aclarás. Cada tanto cierran el camión, dan una vuelta manzana y

vuelven a estacionar en el mismo lugar que Carlos les guarda haciéndose el que barre la vereda, sin terminar nunca de juntar los vidrios del espejo que estalló apenas lo bajaron del camión. Doce pedazos, doce años de mala suerte.

La primera noche armamos la mesa, sacamos dos platos de la caja con vajilla y pedimos pizza a domicilio. Brindamos, vos con cerveza, yo con agua. “Por nosotros, por el nuevo departamento.” De haber creído en maleficios, tendríamos que haber tirado sal sobre nuestro hombro izquierdo, juntar los vidrios rotos, envolverlos y enterrarlos, pero, en cambio, colgamos el marco del espejo medio vacío en la entrada. ¿Cuántas señales habrá ignorado Diana? ¿Cuántas más ignorábamos nosotros?

Si el destino es una línea sobre un mapa, el mío y el de Diana debieron tocarse por primera vez en este punto.

5° A. Nunca tuvimos un departamento grande como este. Grande como una boca cuando pronuncia la A. A de aristocracia. La primera letra del abecedario, la primera en entrar, siempre la mejor categoría. A de anarquía. Eso no lo pensamos. Nos alcanza con ver que el departamento es enorme, luminoso y está bien ubicado: en Once, pero a dos cuadras de Barrio Norte. La avenida Córdoba como línea divisoria, nuestro Rubicón: de un lado, las plazas con sus árboles siempre verdes, los cafés, las vidrieras iluminadas; del otro, las baldosas flojas que juntan agua cuando llueve. El anuncio decía “excelente oportunidad” y también “a remodelar”. Hay mucho por hacer.

B de blindada. ¿Quién instala una puerta blindada en el dormitorio? No la vemos enseguida, aunque es bastante evidente, llama la atención. Cuando veníamos con la gente de la inmobiliaria nos preocupaban otras cosas: si funcionaba la loza radiante (no), si había que remodelar los baños (sí), si había que pulir los pisos (sí), si había humedad en las paredes, etcétera. Por suerte, humedad no hay.

La puerta del cuarto es más ancha que las comunes, más pesada. Pero como en las visitas antes de comprar no tocamos nada, no nos dimos cuenta. Tampoco prestamos atención a la puerta de entrada. El hueco está revocado, quedó una aureola en la pared, la pintura nueva es más blanca que la original. Alguien, ¿Diana?, intercambió las puertas de lugar. ¿Por qué? ¿Quién puede vivir en una casa donde el peligro ya está adentro?

“Hay que llamar a un albañil para que vuelva a ponerlas donde van.” Fin del comunicado. Con vos las cosas son así, las causas te importan poco y vas directo a resolver. Nos complementamos bien. Entiendo que tengo que hablar con alguien por el tema puertas y que, en lo que quiera averiguar de Diana, estoy sola. Papá sabría qué hacer. Se ofreció a viajar desde Carlos Tejedor, mi pueblo, para ayudarnos con la mudanza; todavía estoy a tiempo de decirle que sí, pero preferimos encargarnos nosotros y no hacerlo venir antes del nacimiento. Queremos estar solos, disfrutar el último tiempo de pareja que nos queda, pensamos salir a cenar, al cine, al teatro, hacer todo lo que pronto no vamos a poder hacer.

En los cuatro meses que tenemos hasta que llegue Lucio, y para ocuparme de algo, decidimos, ¿decidimos?, que yo me encargue de la casa. ¿Desde cuándo me interesa lijar paredes, pintar, redecorar, elegir cerámicos para baños? Voy a ser madre, pero hasta ahora nada en mí cambió. Me convenzo, trato de emocionarme con el proyecto, porque igual no tengo otra cosa

que hacer. Renuncié a mi trabajo como traductora y no busqué otro. Nadie contrata embarazadas e, incluso si ocurriera el milagro, pronto voy a entrar en licencia. No tiene sentido empezar de nuevo tan cerca de poner mi vida en pausa.

“Quedate en casa y descansá”, me dijiste, y me pareció una buena idea. No podíamos adivinar, ni vos ni yo, que eso sería quedarme sola todo el día llena de miedos, de ansiedad. Me quedé y ahora tengo un bebé que llora al que no entiendo. Con Rocco, el gato que adoptamos cuando empezamos a convivir, todo es más fácil. Si tiene hambre, come; si tiene sueño, duerme; si lo dejo fuera del cuarto, llora un rato y después se va a dormir al sillón. Debo ser mala madre. Es fácil encajar en esa categoría, pero quiero ir al baño tranquila, tomarme un té sin que se enfríe, sin calentarlo cuatro veces en el microondas. Quiero que lo lles vos a Lucio al pediatra, no que me acompañes.

Desde que Lucio nació, hace ya nueve semanas, fui al médico doce veces: control cada jueves para ver si aumenta de peso, tres veces más por un sarpullido. Yo, en cambio, bastante menos: dos controles con el obstetra hasta que por fin me sacaron los puntos. Me dolió, aunque, como siempre, habían dicho que no sentiría nada. No sentir es imposible.

Cuando vamos al médico, me doy cuenta de que la secretaria me mira con esa cara de “qué buen marido que tenés” y, cuando entrás al consultorio, el pediatra te aplaude, te palmea la espalda. Todos te festejan. Ya

sé que van a exclamar “¡Qué buen padre es Martín!”, y es cierto. Pero ahora estás en la oficina y Lucio llora, de corrido, desde hace más de una hora. Le di la teta, lo bañé, lo tuve en brazos, lo acosté, lo levanté. Sigue llorando. Y yo también.

El puerperio es un gatillo: si la madre detona, el bebé explota.